
BILL PRONZINI DESAPARECIDO



E T I Q U E T A



N E G R A



Su nombre era Roy Sands y tenía todo lo que se puede esperar. Había terminado el servicio militar en Alemania y estaba volviendo a casa en San Francisco para casarse con su hermosa prometida. Tenía sus deudas pagadas, dinero en el banco y una nueva vida feliz por delante. Luego desapareció.

NOTA

Pronzini empezó a contar las historias del «Sin nombre» en 1968. El autor reconocería tiempo después que si no tenía nombre el personaje es porque no se le ocurrió ninguno bueno. Por lo tanto, su personaje habría de recorrer una docena de novelas fumando en exceso, comiendo espagueti y atracándose de cerveza, pero sin nombre.

El personaje pasó del cuento a la novela en 1970, y ha permanecido durante 20 años con un notable éxito entre los lectores que gozan el hard boiled tradicional.

Acusado por sus frecuentes enemigos de haber heredado demasiado de los maestros Chandler y Hammett, Pronzini ha respondido con sus novelas, que parten del mismo tronco común, pero con un estilo absolutamente personal.

Fanático de los pulps, reputado como uno de los grandes coleccionistas del mundo, autor de porno en su juventud, nacido en California en el 47, educado sentimentalmente con materiales de 15 años antes, Pronzini es ganador de dos Edgar, el premio mayor de los escritores norteamericanos.

Etiqueta Negra ha publicado: Mercurio (EN 38), Sombras en la noche (EN 47), Casos de archivo (EN 52), su novela en colaboración con Marcia Muller, Doble (EN 87).

PIT II

UNO

Enero

Un nuevo año, otro año... pero en realidad nada cambia. El paso del tiempo es inexorable, pero el hombre es una constante, no cambia: ama y odia, vive y muere igual que hace milenios. Sus acciones están gobernadas por las mismas emociones; las mismas cosas, en esencia, le deleitan o repelen, asustan o entristecen. Los escogidos aún son los escogidos, los solitarios siguen siendo los solitarios.

Enero

El cortante aire frío de invierno todavía huele a polución y las guerras, cual diversión de niños locos, se siguen haciendo en campo ajeno. La pobreza y la enfermedad, la opulencia y la ciencia médica van parejas, y el hombre las ignora en su búsqueda de abrigo, posición, sustento, orgasmo. Nada ha cambiado y nada lo hará, porque el hombre es el hombre... una constante.

Enero

Era una mañana de un día laborable, cuatro días después de la única noche del año que no se debiera pasar sin compañía; noche en que yo había estado solo y había deseado «Feliz Año Nuevo» a una habitación llena de vacío y silencio, y brindado por Erika y mis convicciones y por el hecho de que entrara un nuevo año y nada hubiera cambiado; una mañana como otra cualquiera: fría, falta de propósitos, alumbrando reflexiones filosóficas de las que pronto degeneran en poco más que mórbida conmiseración.

Y entonces se abre la puerta de la oficina y penetra un rayo de esperanza, y de repente ya no está tan oscuro ni

adentro ni afuera; la vida deja de ser tan inútil como parecía unos segundos antes. Lo que tú necesitas cuando te sientes en este estado es un propósito, un objetivo hacia el cual canalizar tus energías, una forma de terminar con la sensiblería, con la melancolía. Lo único que te hace falta es tu trabajo, algo en tu vida que te motive, que te haga sentir vivo, que te permita olvidar el vacío y la soledad de una ruptura amorosa. Eso es todo lo que necesitas.

No. Es parte de lo que necesitas.

Pero, por el momento, es suficiente.

Se llamaba Elaine Kavanaugh. Nerviosa y rígida se sentó en la silla con respaldo de cuero al otro lado de mi escritorio. Tenía poco más de treinta años, pelo corto moreno y una piel blanquísima que adquiría una translucidez casi quebradiza, cual fino cristal opaco. Unas gafas de montura de plata daban a su cara una intensa apariencia intelectual. Cuando su chaquetón de lana entallado se abrió a la altura de sus rodillas, pude ver el borde de una falda azul y unas bellas piernas enfundadas en nylon oscuro.

Tenía los pechos pequeños y era estrecha de hombros, pero con su aspecto intensamente virginal era bastante atractiva (la clase de chica que lloraría desconsoladamente en su noche de bodas). Y sin embargo también había en torno a ella una sensualidad extrañamente muda, como algo oculto bajo la superficie, de manera que mientras te la imaginabas sollozando tras la consumación del matrimonio, presentías que probablemente se convertiría en una activa agresora sexual en menos de nada. Llevaba unos caros pendientes de perlas negras y un anillo de compromiso en el dedo corazón de su mano izquierda con un diamante engarzado que, de ser auténtico, costaría más de mil dólares.

Le ofrecí una taza de café, pero la rehusó con un movimiento de cabeza. Me levanté, volví a servirme de mi cafetera y me senté de nuevo. La observé mordién dose tímida-

mente los labios, pintados de un tono claro irisado. Las lentes de las gafas agrandaban sus vivos ojos castaños; sus pupilas eran de un negro intenso, el blanco de los ojos de un marfil claro; los tenía fijos en un punto situado varios centímetros detrás de mi hombro izquierdo y sus pestañas se abrían y cerraban con gran rapidez como si fueran colibríes en miniatura.

—No sé muy bien cómo empezar —dijo.

—Lo entiendo —le contesté—. Tómese su tiempo.

—Gracias.

Se aclaró la garganta suavemente y fijó la vista en el voluminoso bolso blanco que tenía en su regazo. Mientras yo esperaba que pusiera en orden sus ideas y comenzara, saqué un cigarrillo del paquete que estaba junto al teléfono y me puse a darle vueltas a lo largo del rodillo secante sin mirarlo. Llevaba intentando dejar el condenado vicio desde hacía más de dos meses a causa de un fluctuante catarro que bien pudiera, o no, haber merecido atención médica. Pero era el tipo de hábito que para algunos hombres no es fácil de abandonar, un apoyo, un amigo en tiempos de estrés, algo en que ocupar manos, boca y pulmones cuando estás tenso, impaciente o inactivo. Me las había arreglado para disminuir el consumo de tres paquetes diarios a menos de uno, pero eso era todo lo que había podido conseguir y era lo máximo que conseguiría. Ahora la tos solo aparecía por la mañana y de alguna manera respiraba con más facilidad, más libremente. Sabía que todavía debería ver a un médico, pero no estaba por la labor. Nunca me habían gustado los médicos, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial y las cosas que entonces había visto en los hospitales de campaña en el sur del Pacífico.

Continué haciendo rodar el cigarrillo bajo mi dedo índice conteniéndome, y finalmente Elaine Kavanaugh acabó de poner en orden sus ideas y dijo:

—He venido a hablarle de mi prometido, Roy Sands. Ha desaparecido, ¿sabe?

—¿Desaparecido?

—Sí, ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir, señorita Kavanaugh?

—Bien, se ha... esfumado —dijo haciendo un vago gesto de desolación con las manos—. Parece que nadie sabe qué le ha sucedido, —bajó los ojos y apretó los dedos alrededor de su bolso—. Nos... nos íbamos a casar este mes. Roy y yo íbamos a ir a Reno a ver a un juez de Paz y pasar allí nuestra luna de miel.

¡Oh, Jesús!, pensé, uno de estos asuntos no, ahora no. Me llevé el cigarrillo a la boca, lo encendí y aspiré profundamente. Cuando tiré la cerilla al cenicero de cristal del escritorio, mi mano, a través del humo exhalado parecía uno de esos artilugios de goma retorcida que usan los chicos en Halloween.

—Señorita Kavanaugh... —dije.

—Ya sé lo que está pensando —dijo ella antes de que yo pudiera terminar—. El futuro novio se lo piensa dos veces y desaparece, ¿no es eso?

No hice ningún comentario.

—Bien, está equivocado —dijo con convicción—. Hace mucho que conozco a Roy (unos dos años) y su proposición de matrimonio no era una de esas cosas hechas sin sentido en un momento de... Habíamos hablado de ello muy cuidadosamente antes de decidirnos... estábamos muy seguros el uno del otro.

—Ya veo.

—Él no se escaparía, no de esa manera.

—¿Y cuál es esa manera?

—Sin decirme nada —contestó—, simplemente... esfumándose. Su última carta desde Alemania, justo una semana antes de que regresara a casa, era muy explícita acerca de nuestros planes. Quería que yo usara parte de nuestro dinero para un pago al contado de la casa de Fresno sobre la que yo le había escrito. Allí es donde vivo, ¿sabe?, en Fresno.

—¿Nuestro dinero, señorita Kavanaugh?

—Sí, así es. Roy y yo poseemos más de quince mil dólares en cuentas conjuntas.

Me incorporé un poco en la silla y dejé el cigarrillo en el cenicero; el humo que desprendía formaba como una pantalla entre nosotros. Cuando esta se desvaneció, dije:

—¿Qué cantidad pertenece legalmente a su prometido?

—Aproximadamente nueve mil dólares.

—¿Están esas cuentas en Fresno?

—Sí.

—¿Y no han sido tocadas desde su desaparición?

—No, en absoluto. Yo tengo en mi poder la libreta de ahorros y el talonario de cheques.

—¿Ha ido ya a la policía, señorita Kavanaugh? —le pregunté.

—Sí, estuvieron muy amables, pero dijeron que no había mucho que pudieran hacer y que no esperara nada si él... no volvía por su propia voluntad.

—Hum, hum —acerqué mi libreta y el lápiz y anoté su nombre y un par de cosas más—: ¿Tiene alguna idea de dónde pueda estar su prometido?

—No, ninguna. Creo que le ha debido de suceder algo, un accidente, amnesia... No lo sé. He estado tan preocupada... y esta mañana ya no pude soportar por más tiempo la espera, la inactividad y por ese motivo vine a verle. Llamé a mi abogado y me dio su nombre; dijo que se podía confiar plenamente en usted.

—Espero que sí, señorita Kavanaugh —dije—. Supongamos que me cuenta algo acerca de Roy Sands.

—Es sargento especialista del Ejército —comenzó—. Quiero decir... *lo era*. Lleva veinte años de servicio, ¿sabe?, y eso le hace merecedor de un retiro con una buena pensión, así que escogió dejar el Ejército en vez de reenganchar al cumplir veinte años de servicio, justo antes de estas Navidades. Lo conocí en un baile de la USO^[1], aquí en San Francisco, hará unos dos años: en aquel tiempo estaba des-

tinado en el Presidio. Me pidió salir, comenzamos a vernos y nos enamoramos. Una vez que estuvimos seguros de que queríamos casarnos, hicimos todo tipo de planes, y Roy me compró este anillo —exhibió el aro con diamante engarzado, con una especie de orgullo y a la vez incomodidad— y abrimos las cuentas bancarias conjuntas antes de que él se fuera a Alemania.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace once meses.

—¿El pasado febrero?

—Sí, eso es.

—¿Y estuvo en Alemania desde entonces?

—Sí —afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿En qué parte?

—En Larson Barracks, en Kitzingen.

—¿Cuándo regresó a los Estados Unidos?

—El 18 del mes pasado.

—¿A San Francisco, para licenciarse?

—Sí, íbamos a pasar juntos Navidad y Año Nuevo.

—Pero usted no lo vio desde que regresó, ¿no es cierto?

—Sí, quiero decir, no. No lo vi.

Me dije a mí mismo: no eres un caso único, muchacho: el mundo está lleno de gente solitaria.

—¿Está segura de que volvió a San Francisco?

—Oh, sí —respondió Elaine—; se suponía que me llamaría una vez que hubiera llegado y se hubiera instalado, pero cuando pasó la noche del domingo sin que lo hubiera hecho, me puse en contacto con el Presidio. Me dijeron que había llegado en el vuelo de Alemania, pero nadie parecía saber adónde fue después. Hablé con dos amigos de Roy, compañeros de Kitzingen que habían vuelto en el mismo avión y tampoco sabían dónde había ido.

—¿Dijeron algo acerca de su estado de ánimo?

Un par de tenues líneas, como surcos en una explanada de nieve, aparecieron en su frente.

—¿Estado de ánimo?

—¿Mencionaron esos amigos si parecía feliz, triste, inquieto, nervioso?

—Me contaron que habló de mí y de nuestro matrimonio —su voz tenía ahora un ligero temblor—. Dijeron que no debía preocuparme, que todo iría bien, pero no sé. No puedo evitar sentir que...

—¿Se escribían regularmente mientras él estuvo fuera?
—pregunté.

Tuvo un ligero temblor.

—Sí, mantuvimos una estrecha correspondencia todo el tiempo.

Tomó el anillo de compromiso entre el índice y el pulgar de su mano derecha, acariciándolo de una forma que me hizo ver que no era consciente de lo que estaba haciendo.

—Le escribía al menos dos veces por semana y él me correspondía tres o cuatro veces al mes; evidentemente a los hombres no les apasiona tanto como a las mujeres escribir cartas.

—¿No mencionó en ellas que algo fuera mal?

—Nada en absoluto.

—¿Sabe de dónde es, cuál es su origen?

—Kansas —respondió—, Topeka.

—¿Sigue teniendo familia allí?

—Oh, no. Roy es huérfano. No tiene familia.

—¿Y qué me dice de amigos o conocidos?

—¿Se refiere a algún sitio donde pudiera estar por algún motivo?

—Sí.

—Los únicos amigos que tiene están en el Ejército —dijo—. No sería difícil conocerlos a todos, pero él estuvo destinado aquí en California alrededor de tres años antes de que fuera enviado a Alemania y probablemente conociera a un montón de tipos que iban y venían.

Bebí un sorbo de café y miré el paquete de cigarrillos; aparté la vista de este y dije:

—¿Hay algo más que pueda decirme que pueda ayudar, señorita Kavanaugh? Realmente no tenemos mucho hasta el momento.

—Bueno, están los giros.

—¿Giros?

—Sí, telegráficos. Tres días después de llegar a San Francisco, el 21 de diciembre, Roy giró dinero a tres amigos que habían regresado con él en el avión desde Alemania.

—¿Por qué razón?

—Había perdido jugando al póquer.

—¿Qué cantidad de dinero?

—Cerca de cien dólares, creo.

—¿Les pagó a todos los que le habían ganado?

—Sí, solo habían estado jugando cuatro.

—¿Desde dónde fueron enviados los giros?

—Desde Eugene, Oregón.

—¿Tiene alguna idea de por qué estaría su prometido en Oregón?

—No, en absoluto, ninguna.

—¿Y usted no recibió ni una carta desde allí?

—No, y no logro entenderlo por más que lo intento. ¿Por qué iba Roy a enviar dinero a sus amigos para pagar deudas de juego y ni una letra a la mujer que ama, con la que se va a casar?

Yo no tenía respuesta para eso, dije:

—¿Cómo se enteró de lo de los giros?

—Por Chuck Hendryx. Es uno de los amigos de Roy, el primero con el que hablé cuando vine a San Francisco. Lo conocía ligeramente de antes; Roy nos presentó y fuimos a su casa en el condado de Marin en un par de ocasiones antes de que él y Roy fueran movilizados.

—¿El tal Hendryx está todavía en el Ejército, o también se licenció?

—Es un militar de carrera con veintitrés años de servicio, —dijo Elaine—. Regresó a casa para estar junto a su esposa

y familia durante las fiestas. A ellos no les gusta viajar, así que pasan aquí en California la mayor parte del año.

—¿Sabe si aún está en casa?

—Sí, permanecerá aquí hasta finales de enero.

—¿Tiene su dirección?

—48 de Pinewood Lane, Fairfax.

—Mencionó haber hablado con otro de los amigos de su prometido —dije—, ¿de quién se trata?

—Doug Rosmond.

—¿Fue él uno de los que recibió un giro desde Oregón? Hizo un gesto afirmativo.

—También está de permiso en casa, está con su hermana Cheryl aquí en San Francisco. ¿Quiere también su dirección?

—Por favor.

Abrió el bolso y sacó una fina agenda y me leyó una dirección en las afueras, en el distrito de Parkside, en Vicent, cerca de Ocean Beach. La anoté en mi cuaderno.

—Usted dijo que giró dinero a tres amigos, señorita Kavanaugh. ¿Puede decirme el nombre del tercero?

—Un hombre apellidado Gilmartin, creo.

—¿Gil-Martin?

—No, Gilmartin, una palabra. No puedo recordar su nombre de pila.

—Entonces, ¿no habló con él?

—No, lo hizo Chuck. Pero tampoco él sabía nada que pudiera ayudar.

Me restregué la goma de borrar por la nariz.

—¿Ha hecho averiguaciones con las autoridades de Eugene?

—No, la gente de Personas Desaparecidas de aquí dijeron que se ocuparían ellos mismos.

—Aparentemente no averiguaron nada o ya habría sido informada.

—Sí —dijo con voz débil.

—¿Hay algo más que me pueda decir, cualquier cosa?

—Lo he pensado una y otra vez, y no, no hay nada más.

Sus ojos se encontraron directamente con los míos y parecían inmensos e implorantes tras sus gafas.

—Usted cree que Raymond se ha... escapado, ¿no es verdad? Quiero decir que está de acuerdo en que las circunstancias que rodean su desaparición son muy extrañas, ¿no es cierto?

—Parecen serlo, sí —contesté con cautela.

—Entonces, ¿investigará usted?

—En tanto en cuanto comprenda usted que las posibilidades de un hombre solo para localizar a otro, cuando las instituciones encargadas de velar por la ley no lo han conseguido, no son las mejores del mundo.

—Lo entiendo —afirmó con un movimiento de cabeza— pero hay una posibilidad y eso es todo lo que importa ahora.

—Si lo localizo mi responsabilidad termina en este momento. Simplemente le diré dónde se encuentra y a partir de ahí será asunto suyo.

Acarició de nuevo el anillo de esa extraña manera.

—Sí, está bien —dijo con voz suave.

Le expliqué mis honorarios, incluyendo los gastos, y contestó que le parecía perfectamente aceptable. Saqué del cajón de mi escritorio un contrato tipo, lo rellené y se lo di a firmar; le entregué una copia y ella me dio un cheque de cien dólares como anticipo.

—¿Me autorizaría a ir a Oregón? Parece necesario y tendré que tomar un avión.

—Sí, por supuesto.

—¿Tiene una foto de su prometido, por casualidad?

—La única buena que tenía se la di a los de Personas Desaparecidas, pero tengo un retrato suyo.

—¿Un retrato?

—Sí, debió de hacérselo uno de esos artistas callejeros en algún sitio de Europa. Él me había enviado todas sus cosas a Fresno antes de volver. Naturalmente no las miré en

aquel momento. No me parece correcto fisgar, pero cuando desapareció como lo hizo, yo... bueno, revisé todo con mucho cuidado. No había ninguna pista de adónde pudiese haber ido, pero encontré el retrato. Creo que intentaba sorprenderme con él más adelante.

—¿Lo trae consigo por casualidad?

Elaine afirmó con la cabeza.

—Sabía que usted podría necesitarlo —dijo.

Del bolsillo de su chaquetón sacó una hoja enrollada del papel grueso que usan los artistas. Me la alcanzó; la tomé, le quité la goma azul que la sujetaba y la desenrollé, extendiéndola sobre mi escritorio.

Era un retrato de cabeza y hombros, sin fondo, de unos 14 x 18, hecho con pastel sobre el que se había aplicado la-
ca fijadora. Yo entiendo muy poco de pintura pero me parecía que el artista que había realizado el retrato estaba dotado de verdadero talento. Era ligeramente expresionista, con trazos enérgicos y espesas sombras y de alguna manera alargaba los rasgos, más que ser un retrato clásico. El hombre representado era de mi misma edad, entre 35 y 40 años; tenía el pelo castaño oscuro ligeramente ondulado, ojos grises y el tipo de nariz que suele describirse como aguileña. Su boca estaba curvada formando una agradable sonrisa infantil.

Alcé la vista hacia Elaine.

—¿Es bueno?

—Realmente muy bueno —dijo. Sus ojos brillaban y supe que Roy Sands estaba en su mente, vivo y sonriendo solo para ella—. Capta la... ¡Oh!, no sé, la *esencia* de Roy, no sé expresarlo de otra manera.

Observé el retrato un poco más y después lo enrollé y le puse la goma. Lo coloqué junto al secante.

—Muy bien, señorita Kavanaugh —dije con gentileza—, ¿puede decirme dónde se hospeda?

—En el Royal Gate Hotel, en la calle Powell.

Lo anoté y a continuación nos levantamos y nos dimos la mano intercambiando frases de cortesía (dulces ruegos y promesas aún más dulces). La acompañé hasta la puerta y la observé mientras caminaba por el pasillo en dirección al ascensor. Iba muy tiesa, con la cabeza echada hacia atrás y paso resignado; era como observar a un preso caminando por una galería, una prisionera a la que nada aguardaba sino una celda con rejas y una interminable sucesión de solitarias noches y destrozados sueños vacíos de esperanza.

Era una imagen desoladora, llena de simbolismo. Me dio un ligero temblor, cerré la puerta y volví a mi escritorio a por un cigarrillo.